

DISCURSO DEL DR. PEDRO PABLO ROSSO CON OCASIÓN DEL INICIO DE SU RECTORIA EN LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

SEÑORAS Y SEÑORES:

Al dirigirme a ustedes por primera vez como Rector invoco a la Santísima Trinidad y a María, Madre de Dios para que me acompañen, me guíen y me den fuerzas para servir fielmente a mi comunidad universitaria. En estos momentos tengo muy presente la advertencia del Señor: "sin mí no podéis hacer nada" (Jn, 15,5); por eso, en El espero y en El pongo toda mi confianza.

Quiero dirigir un saludo reverente y filial al Santo Padre, cuyas enseñanzas sobre la identidad y misión de las universidades católicas representan una fuente de inspiración y un estímulo para acometer con decisión la empresa de renovarlas para enfrentar los nuevos tiempos. Nuestra Universidad, canónicamente regida por la autoridad pontificia, ha sido siempre fiel a la Cátedra de San Pedro y continuará manteniendo su fidelidad durante el mandato que me ha sido confiado.

Deseo, también, reiterar mis palabras de reconocimiento a nuestro Gran Canciller, y a las autoridades de la Santa Sede encargadas de la educación católica, por haberme concedido la oportunidad de servir en este alto cargo. A ellos también expreso mi filial afecto y compromiso de obediencia en la fe.

Los designios inescrutables de Dios han querido que en esta ocasión un distinguido maestro transmita el gobierno de nuestra Universidad a uno de sus alumnos de antaño. Este hecho evoca la esencia de la vida universitaria, cual es la de compartir conocimientos y experiencias con los estudiantes, esperando que, en su momento, ellos puedan relevarnos y continuar esa digna tradición. Así perdura el amor al saber y los ideales más nobles de nuestra cultura. Por esta razón, quiero iniciar mi mandato rindiendo un homenaje al espíritu universitario en una persona que lo encarna en forma genuina, como es Don Juan de Dios Vial Correa: científico y humanista cristiano, profesor ilustre e insigne Rector. Después de una gestión de quince años, ha dejado su cargo rodeado de la gratitud y el cariño de nuestra comunidad universitaria, que reconoce y aprecia el considerable progreso que ha tenido la Universidad bajo su conducción. Ante él me siento, como lo fui entonces, un discípulo.

Una nueva generación asume hoy la apasionante tarea de proseguir la construcción de esta obra de educación superior que, en palabras de Monseñor Joaquín Larraín, nuestro Rector-fundador, es "una vasta escuela en que se cultivan y se enseñan los diferentes ramos del humano saber" y "un hermoso taller en que se educa el corazón y se forma el carácter de los jóvenes". Una Universidad nacional católica; impulsora del progreso de Chile; heredera filial de la Universitas magistrorum et scholarium, nacida hace ocho siglos en el seno de

la Iglesia. Nuestra misión es educar a los jóvenes y contribuir al bien común tutelando y acrecentando el patrimonio del conocimiento universal. Como rasgo distintivo, en nuestra comunidad académica la búsqueda de la verdad está iluminada por la certeza de que toda verdad tiene como única fuente la Verdad suprema de Dios. Miramos al mundo con el asombro de sentirnos parte de una creación inconclusa, cuya portentosa arquitectura y la vida que alberga, revelan la magnificencia y gratitud inefables de su Creador. Es esta manifestación de Dios en cada persona y cosa la que otorga a la búsqueda del saber la propiedad de elevarnos hacia El, promoviendo en nuestro ser un crecimiento que nos humaniza y dignifica. Como dijo Juan Pablo II, "al cultivar las ciencias y las artes, (el hombre) trabaja para la elevación de la familia humana y para llegar a la contemplación de Dios", (Oporto, 15/5/1982).

Descubrir a Dios en su creación es, también, mediante la gracia, una oportunidad para unirse a El y alcanzar la libertad que sólo El otorga. Como educadores católicos, creemos que esta experiencia liberadora de la fe es la única que permite al hombre zafarse del inmanentismo y abrazar su destino trascendente. Por esto, en una Universidad Católica la enseñanza y el anuncio de la Buena Nueva deben ser partes inseparables de un mismo quehacer. Esta síntesis creadora entre educación y evangelización, adquiere especial relieve en la actual encrucijada histórica. A pesar del fracaso de las utopías del Idealismo, el materialismo de la razón mantiene vigente su influencia en el pensamiento contemporáneo y promueve un humanismo antropocéntrico, carente de todo fundamento metafísico. La cultura contemporánea está muy tensionada por su indigencia de verdades superiores. Bajo su apariencia de bienestar y dinamismo positivo, subyace un profundo escepticismo, manifestación de la fuerza de una corriente nihilista, que invita a concebir la vida como un trágico absurdo en el cual todo es efímero, relativo y provisional. En esta visión, lo único real e inevitable es el dolor humano y la angustia existencial que él genera. Tal como ha denunciado el Magisterio, la pérdida de la presencia divina en el consciente individual y colectivo ha derivado en múltiples problemas, entre ellos una crisis moral que se ha traducido en graves atentados contra los miembros más débiles e indefensos de la sociedad.

La Iglesia ha solicitado encarecidamente a sus universidades que asuman un papel protagónico en la tarea de evangelizar la cultura. Pero el punto de encuentro entre fe y cultura se sitúa en la intimidad afectiva y racional del hombre. Evangelizar la cultura consiste, por lo tanto, en evangelizar a las personas, que son sujeto y artífices de la cultura. En nuestro proyecto universitario son los jóvenes, que mediante una educación sólida e integral en el saber y en la fe, comprenden el verdadero sentido de la vida humana y se sienten comprometidos a participar en la construcción de una sociedad en paz, justa y solidaria. Este es el liderazgo cristiano que debemos formar para la cruzada evangelizadora del siglo XXI.

Una de las virtudes de la juventud actual es su autenticidad y su exigencia de autenticidad. Como dijo un gran educador de este siglo, los jóvenes no quieren discursos brillantes sino constatar en los hechos lo que sus educadores dicen

ser. Por consiguiente, una educación evangelizadora debe tener como ámbito una comunidad académica evangelizada. Es decir, una comunidad de personas cuyo ser y actuar proclama las promesas de la Nueva Alianza. Una docencia hecha en ese espíritu debe caracterizarse por una actitud de servicio y respeto por el alumno, que despierta en él sentimientos recíprocos de respeto y estima. La investigación científica, reflexión humanista y creación artística deben ser éticamente intachables, relevantes, rigurosas, y en la medida de lo posible, servir al progreso y enriquecimiento espiritual. Las actividades de extensión y comunicación deben promover valores cristianos que dignifican a la sociedad entera. Pero, además, en un país como el nuestro, donde tantas personas nacen y viven en un estado de pobreza desesperanzada, nuestra misión de servicio debe incluir una activa colaboración con la Iglesia en su opción por los más pobres y necesitados.

Este Año Jubilar parece una ocasión propicia para iniciar un camino de renovación y fortalecimiento de nuestro compromiso con la misión de la educación superior católica. Estoy seguro que el Beato Alberto Hurtado y Mario Hiriart, dos de nuestros académicos que unieron la vida universitaria y la vida sobrenatural en forma excelsa, acompañarán nuestros pasos. Hoy convoco a toda nuestra comunidad universitaria a asumir con fe y entusiasmo esta grata tarea. Estamos ante un siglo naciente en el que se insinúan serias amenazas, pero que, también, nos ofrece motivos para tener grandes esperanzas. La voz de Dios, hablando en cada uno de los hechos del devenir humano, nos interpela con su exigencia de verdad y fidelidad a nuestros ideales. Somos parte de una sociedad que se encuentra en una fase de rápida mutación, cuya dinámica y dirección nos genera incertidumbre. Son tiempos que llaman a la reflexión, invitan al examen de conciencia y a escrutar el futuro. Pero, también, son tiempos que nos urgen, que nos exhortan, a la acción emprendida con audacia cristiana, donde no hay espacio para la complacencia, ni oportunidades para la mediocridad. El futuro está esperando que nosotros lo plasmemos, con nuestra inteligencia y nuestras manos. Debemos aguzar los oídos del alma para escuchar y comprender todo lo que el Espíritu de verdad quiere decirnos, y revestidos con nuestra propia historia centenaria y nuestras venerables tradiciones, avanzar confiados en que el Señor de la historia estará con nosotros, ahora y siempre.

Muchas gracias,

DR. PEDRO PABLO ROSSO
R e c t o r
Pontificia Universidad Católica de Chile
Santiago, 10 de Marzo de 2000